

Mis violinistas preferidos

Por ENRIQUE GUARNER

FUE en agosto de 1943 cuando escuché por primera vez a un gran violinista. Se trató del polaco Henrik Szering quien interpretó el concierto del maestro Manuel M. Ponce. No puedo olvidar que el andante de la obra era una fantasía libre como variaciones de la canción inmortal "Estrellita" escrita por el mismo compositor.

Sin embargo, quien más me impresionó fue el virtuoso violinista que naciera en Varsovia en 1918 siendo hijo de un judío industrial que amaba intensamente la música. Inicialmente se introdujo a Szering en el piano, pero intrigado porque el violín es un instrumento que puede trasladarse fácilmente, decidió inclinarse por el mismo. Además le agradaba la idea de que pudieran producirse sonidos que fueran audibles utilizando un artefacto tan pequeño.

Pronto sus padres captaron sus progresos y decidieron enviarlo a San Petersburgo con el objeto de que estudiara con un discípulo del maestro Leopoldo Auer. No obstante, cuando el violinista Bronislaw Huberman escuchó a Henrik Szering en su interpretación del concierto en re de Mendelssohn sugirió a la familia que lo enviaran a Berlín para que tomara lecciones con Carl Flesch. Debe agregarse aquí que en París nuestro gran solista asistió a los cursos que allí impartía Nadia Boulanger.

Cuando Szering contaba con veinte años de edad, los nazis invadieron Polonia y como el violinista ya hablaba varios idiomas se transformó en intérprete para animar a las tropas que comandaba el general Sikorski, con el cual se programaron conciertos para los diferentes ejércitos.

Con la derrota y rendición polaca, Szering y

otros mil refugiados se exiliaron en México, país del que adoptó su nacionalidad dedicándose aquí a la enseñanza y a ejecutar frecuentes conciertos como el que presencié con la Sinfónica de México bajo la batuta del maestro Carlos Chávez.

En 1945 Arturo Rubinstein hizo una visita a nuestra capital y escuchó a Henrik Szering, al que inmediatamente sugirió que regresara a las giras internacionales. Fue a partir de aquella fecha cuando el insigne violinista se dio a conocer en el mundo entero y a lo largo de tres decenios se convirtió en uno de los solistas más cotizados. Nunca renunció a la nacionalidad mexicana y se le nombró embajador cultural de nuestro país. Cabe agregar que el violinista fue un tenaz investigador descubriendo el tercer concierto de Nicolás Paganini, que se hallaba perdido. El estilo de Szering fue siempre impecable con gran seguridad en la técnica y amplísimo repertorio. Además daba una enorme vitalidad a un instrumento al que siempre consideró diminuto y pudo trasladar a través del planeta.

Un año después de Szering conocí a Zino Francescatti tocando el concierto en re de Beethoven. Este violinista poseía un noble sonido y gran musicalidad. Había nacido en Marsella, de familia italiana que emigró con la guerra mundial a los Estados Unidos, donde alcanzó enorme fama como intérprete.

Poco más tarde nos visitó Ruggiero Ricci, quien era bastante bajo de estatura pero se crecía por el gran dominio que poseía de su instrumento. Sus ejecuciones de las obras más difíciles resultaban sorprendentes y recuerdo su increíble seguridad ante los más veloces y complicados "pizzicatos".

Finalmente en los cincuenta vi a ese portento que como solista fue Jasha Heifetz, considerado con razón por muchos como el violinista más grande de este siglo. El llamado "Rey de los intérpretes" dio varios conciertos en un lugar tan inadecuado como era el Palacio Chino y pudimos comprobar su perfecto fraseo y uno de los repertorios mayores que hayan existido. Desafortunadamente siendo un virtuoso excelso cometió un desliz al tocar equivocadamente una nota en el segundo concierto de Bach, lo cual provocó comentarios adversos que en mi opinión resultaban injustos. En lo personal soy un admirador inconmensurable de Heifetz y colecciono todos sus discos como tesoros, porque poseen una magia increíble llena de imaginativas sutilezas.

Jasha Heifetz nació en Vilna, capital de Lituania en 1901, siendo hijo de un director de orquesta sinfónica por lo que desde que apenas contaba con tres años de edad aprendió el violín el cual pudo dominar en unos meses. A los siete fue enviado a San Petersburgo para tomar lecciones con Leopoldo Auer, quien le dejó gran libertad en el manejo del repertorio. A los doce años Heifetz dio un recital al que acudieron 25000 personas y a partir de 1920 sus conciertos hicieron época, dando el último en Los Angeles el 27 de octubre de 1972.

En la misma temporada en que nos visitara Jasha Heifetz tuve la suerte de escuchar en el mismo Palacio Chino al extraordinario Jacques Thibaud interpretando los tres últimos conciertos para violín de Mozart. Cuando lo ví ya tenía setenta años de edad, pero pude comprobar el placer sensual que el famoso solista francés colocaba parafraseando las partituras.

La razón partía de que Thibaud consideraba la música como una de las mayores necesidades del ser humano con la que superaba todas las presiones que nos suele imponer la vida diaria.

Al mismo ciclo de conciertos organizados por "Daniel" vino también Yehudi Menuhin, hombre inteligente que cuando se aburría de las extensas giras, tomaba retiros larguísimo permaneciendo a veces varios años sin tocar una sola nota en el violín. Aquí realizó una de sus reapariciones demostrando su virtuosismo innato.

Fue hasta fines de los sesentas cuando tuve la oportunidad de conocer a Isaac Stern, un violinista casi perfecto que dominaba el instrumento como los mejores. Además su labor para evitar el derrumbe del Carnegie Hall, al que algunos negociantes propios del neoliberalismo quisieron convertir en estacionamiento para automóviles, merece los mayores elogios posibles.

La tradición violinística en Bélgica es sumamente vieja y se remonta a Eugenio Ysaye, considerado al mismo nivel que Paganini, Sarasate y Kreisler dentro de los instrumentistas fundamentales de la historia. En México tuvimos la oportunidad de escuchar en un par de ocasiones a Arthur Grumiaux, quien nos corroboró su bellissimo sonido.

Una excelente intérprete es la polaca Ida Haendel a quien volví a oír recientemente en la Sala Netzahualcáyotl demostrando su gran sensibilidad. Sin lugar a dudas también se halla entre mis violinistas preferidos ese genio que se llamó David Oistrakh, caso curioso de un gran artista que no fue reconocido mundialmente hasta 1950. Aquí nunca vino, pero sus grabaciones si-

guen estando dentro de las mejores. La pureza de su sonido resulta inigualable, evitando las pirotecnias a las que son tan afectos otros instrumentos.

Cuando en 1936 fue a Rusia Jacques Thibaud escuchó en el Conservatorio a un niño de diez años, al que le predijo una carrera brillante y así sucedió. Leonid Kogan que estudiara con Oistrakh se convirtió en un magnífico solista y en 1970 tuvo la oportunidad de comprobarlo con el concierto de Brahms que desarrolló en la Sala Netzahualcáyotl.

Dos son los violinistas que más destacan en la actualidad: Itzhak Perlman y Pinchas Zukerman. El primero nació en Tel Aviv y posee una técnica impecable con un repertorio enorme. Por el contrario Zukerman es impetuoso restringiéndose a las obras fundamentales.

Igor Oistrakh es hijo de David y posee casi la misma habilidad que su padre. Recientemente en la Sala Ollin Yolitzin estuvo el impresionante Pavel Pavlov, quien ejecutó soberbiamente un concierto de Paganini, por lo que le auguro un gran porvenir. Otro buenísimo intérprete al que escuché hace apenas unas semanas en la Sala Netzahualcáyotl tocando el concierto de Tchaikovsky fue a Sholom Mintz, quien demostró una perfección fuera de lo común. Citare también, aunque sólo haya oído en discos a Eugene Fodor y al coreano Kyung Wha Chung.

A lo largo de los siglos los violinistas han logrado unos avances que no pudieron imaginar los inventores del instrumento y la lista que proporciono sólo nos da una idea de la excelcitud lograda.